

## **LEYENDA DE LAS ALGAS**

**de Julia Chaktoura**

**interpretado por Rosana Cartolano**

En los comienzos de la evolución de las especies, el primer hombre americano fue el rey de la creación en tan vastas tierras. Su inteligencia lo dotó de todas las habilidades que le sirvieron para sobrevivir en aquellos durísimos tiempos.

Presuntuoso por su condición soberana, hubo un día en que se creyó omnipotente y osó exigirle a Dios que le otorgara la inmortalidad.

El Señor, magnánimo con su criatura, le dijo:

—Te lo concedo a cambio de que aceptes el don del amor.

Envalentonado por la respuesta favorable, recibió la proposición con regocijo.

Los días pasaron y este hombre conoció a la primera mujer que Dios le ofrendó. Ella tenía los ojos del color del mar, profundos, como él lo había visto una vez, durante su interminable vagabundeo.

El don del amor hizo que el hombre se enamorara con locura, pero la mujer, que aún no poseía ese don, permaneció indiferente.

El hombre usó todas sus habilidades para conquistarla: salía a cazar y cocinaba manjares para ella, curtió la piel de un guanaco hasta convertirla en un suave plumón, hizo figuras en arcilla y pintó murales en cañadones y cuevas. Pero ella lo ignoraba por completo.

Desesperado, invocó nuevamente a Dios para cambiar su destino solitario. Y Dios le dijo:

—Sólo puedo concederte que ella te ame, pero no he de hacerla inmortal. Ese será el castigo que soportarás por haber sido tan soberbio.

Así fue como ese hombre y esa mujer se amaron tiernamente por muchos años. Él le prometió que vivirían juntos por siempre. Sus hijos se multiplicaron y vivieron en medio de la abundancia de la cordillera de los Andes.

El hombre creyó que aquella felicidad nunca terminaría, pero una mañana comenzó a notar algunas arrugas en el rostro de la mujer y que su cabellera negra mostraba hebras grises. Ese cambio lo inquietó, pero como desconocía los efectos de la vejez, no le dio tanta importancia, porque el color del mar continuaba brillando en los ojos de ella.

Pasaron algunos años más y la mujer comenzó a encorvarse y a caminar con lentitud, aferrada a una vara. Las arrugas marcaban la piel de su cuerpo, el pelo parecía pasto escarchado y sus ojos marinos ya no le dejaban ver el sol del amanecer. Él, en cambio, continuaba siendo joven y fuerte.

Y llegó el día en que la mujer murió. El corazón del hombre supo lo que era sufrir el desgarramiento ante el dolor de la pérdida de su compañera.

Entonces hizo la promesa de que jamás volvería a cortarse el cabello, en señal de duelo, hasta que pudiera ir a reunirse con ella.

Uno a uno vio crecer y envejecer a sus hijos y luego a sus nietos, biznietos, tataranietos y choznos. Pasaron infinitas generaciones de descendientes hasta que, vencido por la tristeza, comenzó a caminar rumbo al Este, en busca del mar que le devolvería el color de los ojos amados.

Anduvo miles de leguas. Cada vez que se detenía a beber al borde de un lago veía reflejado el rostro juvenil que le recordaba su actitud.

Muchos siglos habían pasado, pero la pena era tan larga como su cabellera. Una mata inmensa de pelo se extendía a sus espaldas por los valles, se enganchaba en los arbustos y arrastraba consigo hojas, espinas y ramas. Ese peso convertía su andar en un calvario insoportable.

Desfalleciente, el hombre se hincó en la tierra y arrepentido lloró con amargura por su pecado.

Entonces Dios supo que ese hombre había comprendido el mensaje y decidió concederle un último deseo.

—¡Quiero ver el mar y después morir! —rogó.

Y fue escuchado.

Luego de subir la última colina, apareció el océano, espléndido en su inmensidad. Era como si los ojos de la mujer estuvieran desmesuradamente abiertos y lo envolvieran con su mirada verde.

Hechizado por el brillo de las olas que se movían como abanicos de espuma, el hombre caminó por la playa hasta hundirse en el agua fría pero acogedora. Su cabellera comenzó a flotar y se volvió ingrátida. Una brisa besaba el rostro varonil mientras el sol parecía una explosión en el horizonte.

Lentamente el hombre se entregó al abrazo marino. Su pelo larguísimo se desparramó transformándose en refugio y alimento de los habitantes del mar y quedó para siempre convertido en algas como testimonio de aquella promesa de amor.